

tán todavía hoy presentes en el tratamiento que se da a México en la prensa española, sin querer reconocer que la causa de la mala imagen de México en España y en el mundo está en las propias características del régimen político mexicano, antidemocrático, corrupto, sanguinario, como los últimos acontecimientos de Chiapas han vuelto a demostrar.

A. ALVAREZ DE MORALES

RIEZO MARTÍNEZ, Jorge y ROBLES EJEJA, Antonio (eds.), *Historia y pensamiento político. Identidad y perspectivas de la historia de las ideas políticas*, Universidad de Granada, 1993, 228 págs.

Este libro es una recopilación de las ponencias más significativas que se presentaron a las «Jornadas sobre la identidad y las perspectivas actuales de la Historia de las Ideas» organizadas en noviembre de 1991 por la recién creada Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Granada.

A lo largo de las páginas de esta obra se constata el desgarramiento que está experimentando la Historia de las Ideas Políticas en esa rebatiña que despliegan tanto sociólogos, politólogos como historiadores por hacerse con este campo relativamente virgen, todo para arrastrarlo al ya colonizado y troceado territorio de las ciencias sociales. La vinculación de este saber al ámbito de las Ciencias Sociales es un hecho, la cuestión es dónde colocar el derecho de peaje, y ello obedece esencialmente a dos razones: por un lado, a la tardía desmembración de esta disciplina de la Filosofía general y, por otro lado, debido a su textura poliédrica e interdisciplinar. Por ambos motivos la supuesta definitiva ubicación de la disciplina somete indefectiblemente a cada patrocinador a una desesperante duda hamletiana. Sin embargo, como cualquier otra parcela de las Ciencias Sociales este ámbito escapa a una definición precisa, de modo que no son accidentales las aludidas tentativas de apropiación desde diversas perspectivas. De esas perspectivas dan fe Josep M. Colomer, Jesús María Osés, Tomás Moreno Fernández, Javier Fernández Sebastián, Javier Roiz y otros en sus diversas aportaciones. Pero la disciplina es escurridiza y, además, posee las ventajas que acompañan a todo proceso tardío, es decir, puede librarse de la «ineludible» parcelación y mantener su estatus de metateoría política y social con tal de que abandone una metodología todavía excesivamente tributaria de supuestos idealistas. Un avance muy positivo es la incorporación de la historia de las mentalidades y estudios de campo orientados a cuantificar el impacto de las ideas en diversos contextos históricos.

JAVIER MAESTRO

RUEDA HERNANZ, Germán, *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos. 1820-1950. De «dons» a «misters»*. Editorial Mapfre, Madrid, 1993, 360 págs.

Germán Rueda ofrece un interesante estudio de las migraciones españolas a Estados Unidos durante la Edad Contemporánea. Es el resultado de una amplia

investigación —en años de dedicación y en diversidad de fuentes consultadas— que justifica en un doble sentido la madurez del resultado. Se aprecia, primero, una diversidad y amplitud de archivos y fuentes consultadas poco frecuentes en estos trabajos: archivos de una y otra parte del Atlántico, series estadísticas norteamericanas y españolas, bibliografía —de época y actual— de ambas márgenes, referencias de revistas especializadas contemporáneas de los hechos, cuestionarios y entrevistas realizados por el autor a sucesores de emigrantes de las últimas oleadas estudiadas... La elaboración de tablas, series y gráficos es otra muestra de ponderación: no hay elementos superfluos. Todo es significativo, sin perderse en la multiplicación de cuadros y gráficos que, por las facilidades que para su elaboración ahora ofrece cualquier ordenador, inundan algunos *estudios* de historia: quizá con la ilusión por parte de sus autores, de sentirse incluidos entre los cliómetras por este motivo. La manifestación de este equilibrio en el libro de Germán Rueda se aprecia en la gradación de los elementos que se utilizan. Se destaca siempre lo más característico e importante; tanto en sentido absoluto —y lo suelen señalar así las series estadísticas confirmadas con la documentación de otros orígenes—, como en el testimonio significativo que hace personalizar, sin las abstracciones de los indicadores matemáticos, la realidad de las series.

El autor distingue, en primer lugar, dos tipos de fondos de población españoles en Estados Unidos: a ellos hace referencia el título. Los primeros constituyeron —y un resto actual casi exclusivamente testimonial lo confirma hoy— lo que podríamos llamar la emigración española del Antiguo Régimen. Algunos «ranchos» de Nuevo Méjico, Colorado y Tejas fueron constituidos por españoles que tenían bien a gala ser diferentes de los norteamericanos descendientes de anglosajones y de los de mejicanos: son los «dons». El paso del tiempo ha roto la endogamia generación tras generación y se ha ido diluyendo la conciencia de grupo. Con todo un *resto* pervive orgulloso de su origen, de sus tradiciones y de su lengua, aunque son contados los que mantienen el bilingüismo práctico. Los descendientes de los antiguos hacendados no pierden ocasión de autoseñalarse como los continuadores de una especie de aristocracia, que sólo encuentra sentido en algunos reducidos círculos sociales en los estados señalados. Podría considerarse una pervivencia tolerable del Antiguo Régimen —el prestigio es lo único que resta del privilegio— en la más avanzada sociedad de clases.

El grueso del estudio, como era de esperar por las coordenadas temporales que señala el título, está centrado en un tipo de emigración bien diversa de la señalada arriba. Podríamos llamarla la emigración de la contemporaneidad, que, en España, casi es sinónimo de huida de la miseria, de búsqueda de una opción de vida —personal y con frecuencia para la familia— que ofrezca un margen digno en la calidad y en la seguridad para el futuro.

El emigrante, con su actitud de marchar a otras tierras, responde a una pregunta general: al porqué abandona su pueblo. Así formulada sólo puede obtener respuestas igualmente generales. Se emigra para mejorar, a veces —lisa y llanamente— para seguir viviendo. En qué consista la mejora es otra cuestión: la estructura de la propiedad rural en sus dos extremos —minifundio y latifundio— y de las formas de explotación agrarias, que combinadas con el incremento demográfico y el escaso desarrollo industrial, imponen a cientos de miles de españoles unas duras condiciones de vida. Además, evitar la movilización militar que conduce a las guerras de Marruecos, razones políticas relacionadas con la Guerra Ci-

vil, el espíritu de aventura o la tradición emigrante de algunas poblaciones y regiones... Lo interesante, sin embargo, es por qué se emigra a un país, Estados Unidos en este caso, y no a otro. Esta pregunta específica encuentra su respuesta no en los factores de rechazo de España, sino en los de atracción de Norteamérica. El primero es tan simple como la llamada de los conocidos: en los años veinte casi el 80% desembarcaban *llamados* por amigos o familiares. Y el primero se fue por la expectativa que se había forjado de su nuevo país: algo de *paraíso* había de tener en su mente. No hubo en España —salvo en el caso de Hawai— recluta de emigrantes para los Estados Unidos. Tampoco la legislación española influyó en el volumen y la dirección de la corriente migratoria. Sí, evidentemente la norteamericana, que con sus leyes de cuotas de 1921 y 1924 redujeron notablemente las cifras de españoles admisibles cada año, cerrando en la práctica lo que podía haber sido una presencia española de mayor peso cultural en la actualidad.

El segundo bloque de cuestiones que interesa abordar es lo que podríamos llamar el emigrante y sus circunstancias: quién, cómo, cuántos, cuándo y desde dónde. Emigran hombres: más del 80 por 100 de los que entran en el país y casi el 70 por 100 de los que permanecen. La tendencia, sin embargo, de la proporción de hombres es a bajar, aunque siempre alrededor de la cifra señalada. La mayoría de los emigrantes —es obvio— viajan en edad de poder trabajar muchos años por delante: tienen al llegar entre 15 y 45 años el 84 por 100. Son mayoría los solteros (63 por 100) que suelen volver a España para casarse o lo hacen con españolas residentes en Estados Unidos. La mayor parte entrarán en Estados Unidos en viaje directo desde España, aunque un porcentaje apreciable (34 por 100) habrá pasado una temporada —frecuentemente varios años— en alguna de las repúblicas latinoamericanas y, sobre todo, en Cuba. La mayor parte piensa quedarse en su nuevo país, pero la emigración temporal será relativamente frecuente, especialmente la procedente del Levante (de Valencia a Almería). Los motivos de esta emigración golondrina hay que buscarlos tanto en las tradiciones de este tipo de emigración en la tierra de origen, como en la seguridad de encontrar trabajo en el lugar de destino en cualquier época del año. Tradición y expectativas positivas dan cuenta razonable de esta modalidad migratoria. La emigración española a Estados Unidos está concentrada temporalmente: casi el 80 por 100 se produce entre 1900 y 1924. La ley de cuotas de 1921 sólo permitía la entrada de 665 emigrantes españoles anuales. La de 1924 lo dejó en 131: ya no había posibilidades prácticas de crecer numéricamente.

Los territorios norteamericanos son inmensos, pero el hecho de que la llegada respondiera, en la mayor parte de los casos como ya se ha dicho, a una llamada previa, supone la lógica concentración de emigrantes en núcleos bien determinados. El autor señala los principales y explica los motivos en cada caso. La primera apreciación es considerar que los emigrantes españoles proceden del campo y se suelen acomodar, al llegar a los Estados Unidos en núcleos urbanos. Otro modo de referirse a este fenómeno es decir que la emigración española de estos años, también la dirigida a Estados Unidos, sigue mayoritariamente la línea que va del campo a la ciudad. Es como si se *exportara*, con los hombres, una tendencia. Una prueba más también de que el emigrante busca el modo más práctico y sencillo de cubrir sus primeras necesidades cuanto antes: y la ciudad ofrece más oportunidades que el campo en este sentido.

Nueva York es la ciudad norteamericana donde residen más españoles (entre el 25-30 por 100 del total), desde principios del siglo xx. Desde allí algunos se dis-

tribuirán a otras ciudades cercanas en los meses y años inmediatamente posteriores a su llegada. La tendencia tiende a incrementarse y desde 1921 el porcentaje de los españoles que viven en el área urbana neoyorquina supondrá aproximadamente el 40 por 100 de todos los que residen en los Estados Unidos. Hay cuatro barrios *españoles* en la ciudad. Cada uno con sociedades de ayuda mutua, asociaciones culturales y recreativas, centros regionales —gallegos, andaluces, etc.—, alguno con parroquia propia e incluso colegio.

California es otro núcleo que recoge a un porcentaje significativo de los emigrantes españoles. Respecto al total de la población hispana residente en Norteamérica, nunca serán menos del 20 por 100 los que vivan en este Estado de la costa Oeste, a lo largo de la primera mitad del siglo xx. Entre ellos hay diversas oleadas: desde los que se marchan decepcionados de Hawai, hasta los ilegales que pasan desde territorio mejicano. Además hay también emigrantes legales venidos directamente desde España.

El caso de los *huidos* de Hawai tiene interés por lo singular de su caso. Son los únicos emigrantes a Estados Unidos que marchan como fruto de una campaña que quiere conseguir el equilibrio entre la población amarilla y la blanca en el archipiélago. La recluta se hizo en Galicia (desde 1900) y en Andalucía (desde 1907) sobre todo: el éxito de la operación residía en la propaganda y, sobre todo, en que el viaje era gratuito y las dos zonas especialmente pobres. En las islas trabajarían los emigrantes en las plantaciones: en malas condiciones y mal pagados. Tan es así que en cuanto conseguían ahorrar lo suficiente para viajar al continente, se marchaban y se establecían —normalmente— en California. La emigración de españoles a California y los estados del Oeste presenta, además, otra originalidad: un grupo significativo vivirá en zonas rurales dedicado, sobre todo, a la ganadería —en Idaho, Montana y Nevada— y a la agricultura —California—. En cualquier caso la mayoría de los emigrantes sigue escogiendo un modo de vida urbano, entre otras cosas por la mayor facilidad para conseguir empleo y sentir la protección de grupos importantes de compatriotas que facilita, en la vida práctica diaria, sus relaciones en sentido amplio.

Florida acoge al 20 por 100 de los españoles residentes en la Unión en 1920, pero su importancia decrece con el avanzar del siglo, aunque sólo en términos relativos: es un núcleo de españoles, muy estable, que se localiza —en su casi totalidad— en un barrio de la ciudad de Tampa. El origen de esta comunidad de españoles —que aún pervive— está en el establecimiento de fábricas de tabaco, desde mediados del siglo pasado, por españoles primero y por cubanos después. Durante los años treinta este grupo suponía el 25 por 100 de los extranjeros de la ciudad. Los españoles convivían con un gran número de cubanos (35 por 100 del total de extranjeros). La coincidencia lingüística de ambos grupos hacia especialmente importante la presencia de *lo español* en la ciudad: tanto que se hablaba más español que inglés. Centros culturales y recreativos —de carácter nacional y regional—, de ayuda mutua, servicio propio de salud y atención hospitalaria, prensa propia, etc. marcan esta importante presencia.

Como es lógico la mayor parte de los españoles que emigraron a Estados Unidos eran de condición social baja: obreros sin cualificar o especializados suponen alrededor del 80 por 100 del total. El resto estadístico está compuesto por clases medias: pequeños comerciantes, estudiantes, clero, artistas, profesiones liberales, etc. En términos generales puede afirmarse que la mayor parte de nuestros com-

patriotas huían de la miseria española y se encontraron viviendo en la pobreza estadounidense. La mejora era evidente. Se trabajaba duro, pero se podía vivir e incluso ahorrar lo suficiente para poder adquirir —con el paso de los años— una casa en propiedad. Además, si eran niños, los hijos podían acudir al colegio y aspirar, al menos, a una ligera mejora. Nada de eso era posible en España.

La importancia de la colonia española en los Estados Unidos se puede medir atendiendo a varios indicadores. Uno de ellos es la existencia y extensión de una prensa con medios de comunicación propios. Hay prensa en español en la Unión desde las primeras décadas del siglo pasado. Entre los liberales emigrados que huieron tras el triunfo de los cien mil hijos de san Luis había periodistas. Y siguieron llegando de Méjico cuando se produjo la independencia de la nueva república. Entre 1829 y 1851 se publicaron varios periódicos —uno sucedía al otro— en castellano en Nueva Orleans: *El Español*, *La Avispa de Nueva Orleans*, *El Hablador*, *La Patria*, *La Unión*... Con el cambio de signo en la emigración española a finales del siglo XIX y dos primeras décadas del XX, cambia también, lógicamente, el emplazamiento de los principales medios de comunicación españoles en norteamérica. Ahora será Nueva York la sede de las redacciones de los periódicos en español más importantes. *La Prensa* nacerá en 1913 y conocerá una gran difusión que descenderá con la progresiva integración de los emigrantes en el mundo anglosajón y el descenso de las llegadas por las restricciones de las leyes de cuotas. En 1935 difundía 15.000 ejemplares solamente. Tampoco en Tampa podía faltar prensa en español. Coexisten cuatro cabeceras en castellano: *La Voz*, *La Gaceta*, *La Traducción* y *La Prensa*. *La Gaceta* perduró hasta 1950, aunque para entonces incluía ya bastantes artículos en inglés: el tiempo no pasaba en vano y tampoco el grado de incorporación al mundo anglosajón de las segundas generaciones de los emigrados.

La colonia española en Estados Unidos se fue disolviendo con el cierre práctico de las fronteras para los españoles desde 1921-24. Faltos de nuevos aportes humanos, la generación de los hijos de los emigrantes que pudo aprender inglés en las escuelas, se incorporó al mundo cultural norteamericano, aunque mantuvieron un bilingüismo práctico. Los matrimonios con miembros de otros orígenes culturales y lingüísticos, acabaron con los rastros propios de la cultura española residual. Como siempre, hay excepciones. Pero no son ellas las que marcan la tónica general. Esta se manifiesta en el alto índice de naturalizaciones norteamericanas que se dan entre los emigrantes españoles. Las entrevistas personales manifiestan que se trataba de un acto puramente administrativo en muchos casos: así se lograban facilidades para encontrar trabajo especialmente en los años de la crisis. Y es que los motivos económicos les habían obligado a dejar España: en ese momento se ha hecho una opción fundamental. Lo que viniera después no eran más que meras consecuencias.

JULIO MONTERO DÍAZ

TUSELL, Javier, GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *El catolicismo mundial y la guerra de España*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1993, 384 págs.

Puede afirmarse que nuestro conocimiento de la Guerra Civil ha mejorado sustancialmente en la última década. Disponemos de versiones razonablemente va-